

SOY YO MISMO

«De nuestra casa he borrado todos tus recuerdos».
Camilo José Cela

No podía creerlo, pero se parecía demasiado a mi vida. Al momento más triste de mi vida. No era entonces más que un niño. Un niño al que desde hace décadas mantengo recluido en los húmedos sótanos de mi memoria, oculto, encadenado a las argollas del olvido. Y que algunas veces -muy pocas- se escapa para recordarme esa lejana infancia mía, una infancia sumergida en el fango de la miseria. Cuando, a pesar de todo, mi padre y yo luchábamos por ser felices.

La nuestra era una felicidad extraña, cimentada en el cariño extremo y en ese ancestral sentimiento que surge de la llamada de la sangre. Y digo que era extraña porque desaparecía repentinamente, abandonándonos en un vacío de incertidumbres, de agobiantes zozobras ante cualquier situación imprevista -y no por ello infrecuente- que quisiera enviarnos bruscamente al que, por orden natural, debía ser nuestro lugar en este mundo: los sumideros de la necesidad, los profundos albañales de la indigencia...

.....

Allí dentro se estaba bien. Hacía calor. Me despojé de la bufanda y del abrigo de paño gris. Un gris oscurecido por la mugre. Luego me senté. Inmediatamente eché de menos el cartón de vino barato que un guarda de seguridad con cara de bobalicón me había requisado en la entrada de taquillas. Estaba seguro de que ese hombre no había pasado nunca hambre. Ni sufrido penurias en su niñez. Por eso mostraba aquel rostro prepotente y mofletudo, rematado en una generosa papada. La buena vida. Sólo comer, pasear el uniforme con las manos a la espalda y dormir. Y tratar a los mendigos como simple escoria, como basura. A los mendigos como yo...

El museo se encontraba abarrotado. Y todavía era temprano. Afortunadamente -era la razón por la que estaba yo allí- la entrada era gratuita los domingos. La mañana se había despertado con rachas gélidas del viento del noreste y el cielo cerrado mostraba un color muy semejante al de mi abrigo. Hubiera resultado casi un suicidio permanecer en el banco del bulevar que me servía como residencia habitual. En el que me había sentado ahora se estaba muy cómodo, aunque careciera de respaldo. ¡Estos bancos de diseño! Lo habían ubicado en el centro de la sala y desde esta posición privilegiada, me entretuve fisgando y obligando a desviar las miradas de todos aquellos que me observaban al pasar con cara de extrañeza. Y de asco. En fin. ¿Qué sabrían ellos?